

EL CINE ESPAÑOL AGONIZA

A comienzos del pasado año la crisis en el cine español era muy grave (1). Durante 1978 se produjeron la mitad de películas que en años anteriores. En este que empieza el paro puede acabar siendo prácticamente total (los más pesimistas aseguran que ya en primavera no habrá nada que hacer). ¿Qué se ha hecho para arreglar el problema? Nada. Los unos —UCD y la Administración— cocinaron su Ley del Cine a espaldas de todo el mundo interesado y no se han atrevido ni a llevarla al Parlamento; los otros —AP, PSOE, PCE y centrales mayoritarias—, en plena cenicula de agosto, convocaron el Congreso Democrático que se celebró a finales del pasado año (2), pero si bien fue un serio toque de atención hacia los problemas del cine y un abierto y amplio debate, nadie pretendía con ello arreglar nada, porque, entre otras cosas y según han señalado unánimemente a esta revista todos los profesionales consultados, las medidas necesarias —primeras medidas, primeros parches— sólo las puede tomar la Administración.

Lo que, en definitiva, se ventila en estos momentos es si es posible que en España haya una industria cinematográfica. Y la cuestión hay que plantearla en términos meramente económicos y de rentabilidad. Una vez resuelta esta cuestión —positiva o negativamente— es cuando habría que entrar a considerar el cine como un hecho social y cultural que no se puede regular como si fuera un sector industrial más. Es éste un segundo y fundamental aspecto que nunca hay que olvidar, pero que no intenta abarcar este reportaje.

Una industria anacrónica

¿Es tan grave la situación? Sí, la crisis industrial en el cine español viene dentro de una crisis económica general y dentro de una crisis del cine, al menos en la Europa occidental, particular. Tiene, sin embargo, características peculiares.

Desde que la UCD tomó el poder, a través de su Ministerio de

Sólo hay un 10 por 100 de posibilidades de que una película producida hoy en España llegue a ser amortizada. Sólo hay una posibilidad de salvación —piensan los profesionales del sector— para una industria que se muere en medio de la indiferencia general: exportar. Pero, ¿cómo?

GONZALO GOICOECHEA

Cultura se ha favorecido exclusivamente a las multinacionales, según es común opinión entre los profesionales del sector. En consecuencia, el cine español se ve obligado a competir con todo el cine extranjero, para el que no hay limitación alguna de importación. Así, en la semana anterior a las Navidades, de unas veinte películas que se estrenaron en Madrid, sólo una —"Tobi", de Mercero— era española. Según Antonio Martín, su productor, la película ha costado unos 24 millones de pesetas. Pues bien: varias de las películas norteamericanas estrenadas en tan entrañables fechas, propicias para que toda la familia unida y feliz acuda al cine, fueron promocionadas con campañas publicitarias —televisión incluida— de casi veinte millones de pesetas. El cine español tiene que competir con un cine que

gasta para hacer cada película diez y quince veces más que él. No hace falta recurrir a los eternos ejemplos yanquis. "El amigo americano", que tanto nos gusta y tanto admiramos, tuvo un presupuesto de 200 millones de pesetas y 16 semanas de rodaje (y es una película europea). En España se emplean por término medio unas cinco semanas de rodaje y unos veinte millones de presupuesto.

Un primer parche sería entonces la limitación de importación de películas extranjeras. Después el pago puntual por parte de la Administración de los millones que adeuda en concepto de protección oficial y que no paga desde hace dos años sin que, al parecer, a los responsables les importe lo más mínimo.

Pero hay más. Según el productor independiente Luis Megino, "aún con una ley que regule

bien la estructura de la industria no se arregla nada, porque es la propia estructura la que está obsoleta, no sirve". Lo demás es arreglar boquetes, parches que no llegan al fondo de la cuestión: "Aunque se haga contingentación de películas extranjeras, aunque se consiga el dos por uno, etc., no se consigue nada porque la industria se muere por anacronismo".

Lo cierto es que hace dos años, cuando se calculaba que una película haría cien millones de taquilla, se consideraba un exitazo. Y hoy esos cien millones son los mínimos necesarios para cubrir gastos. Porque la potencia del mercado español no da más que para amortizar 18 millones (los pesimistas opinan que 14).

Lo curioso del caso es que, según las estadísticas, el número de espectadores del cine español ha subido con respecto al del cine extranjero. Pero no hay que engañarse. Porque el número total de espectadores ha disminuido y así, lo que por un lado se gana, por otro se pierde. Los primeros días de este año tras la fiebre navideña, indican que por la noche cada vez va menos gente



Norman Brinski, Angela Molina y Manolo Gutiérrez, en un momento del rodaje de "En el corazón del bosque", seleccionada para competir en el próximo Festival de Berlín.

(1) Véase TRIUNFO, número 788: "El cine: otra industria española en crisis".

(2) Véase TRIUNFO, número 830: "Información sobre Congreso Democrático del Cine Español".

al cine (no menos a las discotecas ni a los pubs, sino al cine —también el teatro, claro—).

Y están los costos. En tres años los laboratorios han subido el cien por cien. Ha sido muy fuerte también el aumento de los salarios (para los pocos que trabajan, por supuesto). Y el de los alquileres de estudios, cámaras, coches, etc...

Desleal competencia del cine extranjero, anacronismo industrial, aumento brutal de los costos, impago de la protección, descenso del número de espectadores (cerca de mil cines fueron cerrados el año pasado en toda España) junto al nada hacer como norma del Ministerio correspondiente para que todo se pudra más, hacen que la industria cinematográfica española esté a punto de extinción. Según el productor Antonio Martín, "salvo los distribuidores y exhibidores nadie puede vivir del cine español". Como consecuencia se está perdiendo la infraestructura. Porque como cada vez hay menos trabajo, el personal se tiene que colocar en otros sectores de tal forma que, aun cuando, como en un cuento feliz, todo se arreglara, nos encontraríamos con que habían desaparecido servicios fundamentales a causa del prolongado para anterior; como hace ya varios años ocurrió con los constructores de decorados que nadie les encargaba nada y ahora es casi imposible encontrarlos.

La única solución: exportar

Pero, en definitiva, la clave está en que el cine hoy es más caro de producir que antes y además nuevos medios de comunicación —léase televisión— hacen que el planteamiento industrial tenga que cambiar. Si la cinematografía americana ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos, no ha ocurrido así con la europea occidental: el cine inglés no existe, el francés ya no es lo que era, el italiano ha pasado a las grandes coproducciones en inglés (los actores han anunciado la posibilidad de una huelga para protestar, porque casi todas las películas que dirigen italianos se ruedan en este idioma) y el alemán subsiste gracias a la televisión, la gran madre productora. Todos son conocidos, mal que bien, fuera de sus países. No pasa lo mismo con el cine español.

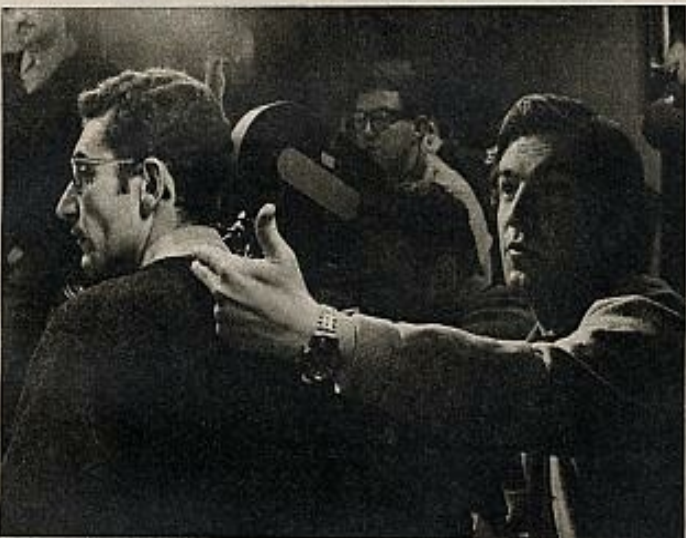
¿Puede competir realmente el cine español no ya con el nortea-



Juan Antonio Bardem dirige una de las escenas de su última película sobre la matanza de Atocha.



A Carlos Saura le han ofrecido trabajar en USA porque a los americanos les gusta fichar a los talentos. El director español, por el momento, no ha aceptado.



Pedro Olea, en uno de sus rodajes. A pesar del notable éxito económico de su última película, "Flor de otoño", hace casi ya dos años que el director bilbaíno no hace ninguna película.

americano, sino siquiera con el europeo? Hay quien cree que sí, como Antonio Martín: "En esto de la exportación es donde yo soy optimista, porque el cine español es el único no gastado y hay interés por ver lo que hacemos".

Tras la muerte del invicto dictador, el cine español ha ido de

éxito en éxito en los Festivales Internacionales: Berlín, Cannes, San Sebastián, Chicago, Carlo-Vivary, etc... Pero no es suficiente. Esos premios y esas expectativas no se han sabido aprovechar, no existe un cauce de exportación y todo ha salido gracias a trabajos individuales y aislados. Cinespaña, por su par-

te, pasó a mejor vida sin que nadie la llorara. Los últimos actos promocionales del cine español organizados por la Administración —Semana de Cine Español en Méjico, a modo de ejemplo— sólo han conseguido el rechazo de la profesión porque el estilo era el mismo de antes: fiestas sociales para figurones, gastos elevados de representación, todo sin criterio, orden ni concierto; más propaganda que otra cosa.

Sin embargo, si se quiere que haya una industria de cine española, hay que exportar. Porque el mercado nacional no es suficiente. En este campo está todo por hacer. Todo.

Quedan también las coproducciones. Se han hecho varias, con Méjico y con Italia preferentemente. La única actividad de uno de los grandes productores españoles, don José Frade, es el trabajo con los italianos. Lo triste es que no son ellos los que ayudan al cine español, sino Frade el que les ayuda a ellos, puesto que las películas las dirigen siempre los italianos, interpretan los mejores papeles y aceptan una pequeña colaboración de técnicos españoles.

Pero, para que las paradojas no falten, se da el caso de que un director como Saura, prácticamente el único capaz de vender una película suya por la sola firma en Europa, se encuentra con que "Los ojos vendados" hace una taquilla en Madrid de sólo 1.800.000 pesetas y en Barcelona dura semana y media.

Lo que lleva a preguntarse si a la sociedad española le interesa de verdad el cine propio. Socialmente no es demasiada carga para un país con millón y medio de parados que haya cinco mil más. Como industria no se pierde mucho: el cine realizó el pasado año 16.000 millones de pesetas, de los cuales 4.000 son movidos por las películas nacionales; sólo la industria de los toros mueve un volumen de 25.000 millones.

El cine no se puede considerar como una industria más cualquiera, se dirá. Es cierto. Pero si no es rentable, el Estado no lo protege debidamente y la televisión no lo produce (los grandes éxitos italianos están casi todos coproducidos por la RAI), no podrá existir. De hecho, muchos son los que piensan que lo lógico es que la industria cinematográfica desaparezca. En España dicen que está dando los últimos estertores. Parece importar tan poco que, a más de dejarlo morir, se la niegan los últimos sacramentos. ■